



20 de agosto del 2018

Estimados miembros del clero, religiosos y feligreses laicos de la Arquidiócesis de Portland:

¡Alabado sea Jesucristo!

Al igual que mucho de ustedes, quedé impactado, enojado y desanimado ante las recientes noticias respecto al cardenal y arzobispo retirado de Washington, D.C., Theodore McCarrick. Después, en vísperas de la Fiesta de la Asunción de nuestra Bienaventurada Madre María, la Corte Suprema de Pensilvania publicó un informe sobre el abuso sexual de parte de unos miembros del clero en seis diócesis de Pensilvania a lo largo de más que siete décadas. Estas revelaciones horribles son particularmente dañosas a la luz de lo que muchas víctimas en nuestra Arquidiócesis han sufrido aquí en el oeste de Oregon. Lo siento más allá de las palabras por todo el daño que ha sido hecho.

Yo sé que mucho de ustedes han esperado mi respuesta con relación a estos recientes eventos escandalosos. Este retraso no debe, de ninguna manera, comunicar una falta de preocupación o seriedad por mi parte ante estas revelaciones graves. Debo decirles que me dejaron conmovido hasta lo más hondo de mi alma. Mi primera reacción fue de indignación y disgusto— sé que muchos de ustedes han experimentado lo mismo. Tenía que tomar un tiempo para reflexionar profundamente en oración sobre lo que está saliendo a la luz y responder de una manera que viene profundamente de mi oración y discernimiento. No quería responder desde una perspectiva legalista o de relaciones públicas, más bien como un pastor de almas. Si mi retraso ha causado daño o frustración, lo siento.

En este mismo día, nuestro Santo Padre el Papa Francisco ha escrito de su propia mano al Pueblo de Dios acerca de esta situación horrible en la Iglesia. Insto a todos los fieles de la Arquidiócesis de Portland que lean sus palabras, por medio de las cuales llama la atención a los responsables, y también hace un llamado a la conversión, penitencia y oración. Él, con razón, describe lo sucedido como parte de la “cultura de muerte”.

Las acusaciones y detalles más recientes muestran—una vez más—ciertos fracasos sistemáticos y profundos del liderazgo episcopal dentro de nuestra Iglesia. Estos fracasos son institucionales y espirituales y datan muchas décadas atrás.

En primer lugar, es un fracaso institucional para la Iglesia que no se trata solamente del rechazo del seguimiento de las políticas o del descuido negligente; sino que cómo, por lo menos en el caso del Arzobispo McCarrick, alguien confiado con la responsabilidad y cuidado pastoral, podría, aparentemente, actuar de una manera gravemente pecaminosa y criminal. También, es un fracaso institucional en que alguien así pudiera subir hasta un nivel tan alto sin impedimentos, protesta o la rendición de cuentas. En cuanto al informe del gran jurado, entre los detalles sórdidos y gráficos del abuso sexual por parte de miembros del clero, documenta todavía más ejemplos de líderes de la Iglesia que encubrieron, permanecieron silenciosos o miraron hacia otro lado al ser enfrentados por alegaciones del mal entre los suyos.



Todas estas alegaciones deberían haberse hecho públicas mucho antes; se debería haber lidiado con ellas de una manera rápida, justa y *con transparencia*.

En segundo lugar, la tragedia del abuso sexual por clérigos es un profundo fracaso espiritual; especialmente cuando alguien llamado a ser un buen pastor, a vivir con santidad y castidad, consagrada a Cristo y a su pueblo, a servir como Jesús, actúa de manera tan gravemente pecaminosa y mala.

Si los obispos, clérigos y religiosos pierden la relación personal con Dios a la que todos estamos llamados, frecuentemente resulta en el arribismo, clericalismo y una vida en contra del Evangelio. Actuar así muchas veces disminuye o extingue la llama del amor y vida en Cristo,

la que es esencial para servir al Pueblo de Dios. Podemos convertirnos en “manipuladores espirituales”, o aún más, en perpetradores de graves daños a los demás.

Debo decir también que esta es una crisis espiritual y moral, incluso una crisis de fe. Sin disminuir EN ABSOLUTO la responsabilidad y la culpabilidad de todos los que participaron en los actos pecaminosos, inmorales e ilegales, incluso los obispos que fracasaron en su deber, este es, en el fondo, el trabajo del Maligno. Satanás “anda disperso por el mundo, para la perdición de las almas” y debemos luchar contra su perversidad y asechanzas (Oración a san Miguel Arcángel). La tradición de la Iglesia enseña que la tentación de pecar proviene de tres fuentes: el mundo, la carne y el Maligno. En un clima cultural creciendo cada vez más inmoral, especialmente en el campo de la moralidad sexual, Satanás ha explotado las debilidades de hombres que representan a Cristo de manera sacramental, quitando la credibilidad de la Iglesia, su enemigo en el mundo. Demasiados han caído en sus tentaciones, y ellos deben rendir cuentas.

Ante esta crisis espiritual y moral, debemos mirar hacia nuestra propia vida y compromiso espiritual. A lo largo de la historia de la Iglesia, cada vez que había una crisis moral o espiritual, el Señor suscitaba santos que se convirtieron en agentes de reforma. Ahora es el tiempo para los santos. Yo mismo he examinado mi propia vida espiritual, y he devotamente llegado a la conclusión de que debo tomar más en serio mi oración, penitencia y sacrificio. Hago un llamado a una profunda renovación espiritual entre los miembros del clero. Abordaré esta crisis personalmente con nuestros sacerdotes y seminaristas, sin embargo, entretanto insto a los sacerdotes a renovar su compromiso por la oración y penitencia para el bien de las personas confiadas a su cargo. Les recuerdo a los sacerdotes de su obligación solemne de rezar todos los días, especialmente la Liturgia de las Horas. Les insto a pasar una hora santa diaria frente al Santísimo Sacramento.

Les insto a rezar el Santo Rosario de nuestra Bienaventurada Madre todos los días. Les insto a hacer penitencia y reparación por estos pecados, incluso a aquellos que viven castamente y de la manera que pertenece a su vocación en Cristo. Esta es la responsabilidad que compartimos. Como miembros del clero, debemos rechazar todas las tendencias hacia la mundanidad y la secularidad que son inconsistentes con nuestra vocación.



Como el papa Francisco pide en su carta, todo el Pueblo de Dios debe rezar y hacer penitencia por la sanación en el Cuerpo de Cristo. Me doy cuenta de que los feligreses laicos no son responsables por este escándalo, sin embargo, como miembros de la comunión de la Iglesia, nuestras oraciones y sacrificios son muy poderosos para protegernos contra este mal entre nosotros.

¿Y ahora qué?

Nuestra primera prioridad siempre debe ser el cuidado y el apoyo a las víctimas del abuso. A pesar de que estamos indignados por lo sucedido, en nuestra búsqueda de justicia, no debemos, ni podemos, olvidar a los que son víctimas. Ellos necesitan nuestras oraciones, compasión, ayuda y ánimo. Quiero hacer hincapié en este punto. Cualquier cosa que hagamos como Iglesia para abordar estas atrocidades, debemos recordar a todas las personas que fueron gravemente dañadas. Ellos han sufrido bastante a manos de los mismos individuos en los que deberían haber confiado para la atención y el apoyo espiritual, y, que a través de los cuales, deberían haber experimentado el amor del Buen Pastor. Debemos mantener a las víctimas en el centro de nuestra atención, ayuda y oraciones. El camino adelante debe incluir medidas concretas para tratar sus heridas y para responsabilizar a aquellos que les han causado daño inmenso.

Nuestra segunda prioridad debe ser rectificar los fracasos institucionales que permiten que ocurran estas ofensas graves. Mirando hacia adelante, creo que debemos considerar fuertemente varios pasos:

1. Mientras sólo el Papa tiene autoridad de disciplinar o remover obispos, debemos asegurar de que los obispos tengan que cumplir con las mismas normas de comportamiento que los sacerdotes y religiosos respecto a los asuntos de impropiedad y abuso. Habrá que enmendar tanto el Dallas Charter (Estatuto para la protección de niños y jóvenes) como otros reglamentos donde sea necesario y posible, con la aprobación de la Santa Sede, para hacer esto claro.
2. Se necesita un proceso de investigación externo que esté disponible para estas situaciones, lo cual consta del involucramiento sustancial de personas laicas que son expertas independientes en sus respectivos campos. Un cuerpo que se investiga a sí mismo no proporciona confianza en la objetividad de los resultados. El cardenal Daniel DiNardo, Presidente de la Conferencia de los Obispos Católicos de los Estados Unidos, ha invitado al Vaticano a realizar una Visita Apostólica para abordar esta crisis junto con un grupo compuesto en su mayoría de personas laicas identificadas como expertas por los miembros del National Review Board y que está empoderado para actuar.
3. Las investigaciones también deben cubrir todos aquellos que sabían del comportamiento reprehensible, y, sin embargo, dijeron poco, hicieron nada, o fueron cómplices de las actividades de un perpetrador. Todos los responsables deben rendir cuentas.
4. Se debe investigar adecuadamente todos los informes del mal comportamiento. Nunca se debe imprudentemente desecharlos, ignorarlos ni esconderlos. Es necesario enfrentarlos con rapidez y con transparencia.



Quiero asegurarles a todos los fieles de la Arquidiócesis de Portland que he escuchado sus reacciones de indignación, repugnancia, desilusión y frustración de una manera fuerte y clara. Llevaré todo esto en mi corazón a la reunión anual de los Obispos de Estados Unidos en noviembre, en la que seré un fuerte abogado para las necesarias reformas y medidas concretas que deberán ser promulgadas.

Por nuestra parte, la Arquidiócesis de Portland renueva su compromiso de comportarse de una manera propia del llamado de Cristo por el bienestar de los fieles y de todas las personas. Esta Arquidiócesis experimentó una época increíblemente difícil en el 2002, después de las revelaciones del abuso sexual dentro de la Iglesia. Esto nos llevó a la bancarrota. Ahora tenemos sólidos y extensos reglamentos y procedimientos concretos para ayudarnos a proteger a los niños, jóvenes y adultos vulnerables contra futuros abusos. También tenemos reglamentos fuertes y procedimientos para denunciar el abuso sexual. Tenemos una oficina arquidiocesana para la Protección de Niños y Asistencia de Víctimas que nos ayuda a cuidar pastoralmente a todos los que han sido abusados.

La Arquidiócesis renueva su compromiso de abordar con rapidez, justicia y transparencia todo comportamiento sexual inapropiado por parte de ministros y de aquellos con puestos de autoridad en la Iglesia. También prometemos el apoyo continuo y cuidado para las víctimas del abuso. Todo el Pueblo de Dios en esta arquidiócesis también está sufriendo mucho a la luz de estas revelaciones nuevas. Nuestro cuidado y atención también deberán abordar su daño y enojo.

Yo personalmente les invito, y aún más les insto, a cualquier individuo que ha sido abusado por un miembro del clero, religioso, empleado laico o voluntario, a acudir con su queja a nuestra Oficina de Asistencia de Víctimas, o a los autoridades oficiales locales. Nosotros queremos ayudarles.

Frente a todo esto, algunos comprensiblemente tienen la tentación de abandonar la Iglesia. Sin embargo, debemos recordar que nuestra fe está en Dios, no en los individuos que fracasan a vivir según su vocación en Cristo. Aún Jesús fue traicionado y abandonado, sin embargo, se mantenía fiel a su Padre y a su pueblo a través de todo. Él permanecerá así.

Por favor rueguen por todos los que han sido víctimas del abuso sexual, para que reciban sanación, apoyo y paz. También, rueguen por todos los que tienen responsabilidades pastorales en la Iglesia, para que ellos sean verdaderos y buenos pastores de acuerdo del corazón de Cristo Jesús. Esforcémonos por vivir entregados a la fe, servicio, misericordia y santidad, para que la luz de Cristo dentro de nosotros brille en nuestro mundo.

Que el Buen Pastor camine a su lado siempre y los bendiga en su trabajo y ministerio.

Sinceramente en Cristo,

Reverendísimo Alexander K. Sample